

A X E L D R O J A N

¡TIENES MIEDO?



# MORTEM

UNIVERSO  
LETRAS 



---

# EL DESPERTAR



---

# Capítulo 1

Todo estaba oscuro. Sus ojos buscaban una mínima lámina de luz decadente a través de las persianas, pero no llegaba a encontrarla; solo podía sentir cómo unas manos, tal vez extrañas, se introducían por dentro de su blusa, llegaban hasta el pecho y rodeaban su hombro derecho, mientras su boca se veía ofendida por otros labios pegajosos y sedientos de placer.

Ambos cuerpos se movieron al compás de la canción que había de fondo, jadeantes, absorbentes de tensión y de rebeldes pensamientos. Uno encima del otro y cada uno a sus quehaceres, se fueron relajando hasta el punto de quedar varados en medio de unas sábanas casi en el suelo e impregnados por el sudor del otro.

Al cabo de unos minutos para recobrar el aliento, ella se giró dándole la espalda al otro cuerpo semidesnudo, que se hallaba junto a ella aún jadeante. Lo había hecho.

Todo ocurrió muy rápido, tanto que se quedaron con ganas de más; pero eso debía esperar, antes tenían que vestirse a toda prisa y hacer de nuevo la cama. No había pasado nada, solo estaban estudiando para el examen del día siguiente.

Se oía cómo la puerta de casa se abría y el perro se ponía a ladrar. Segundos después, se escuchaba a alguien hablar, y con voz entre cariñosa y autoritaria, nombraba al perro. Talisma se dio cuenta de que

---

había llegado su madre de trabajar y, como de costumbre, ella no quería que nadie entrase en casa sin su permiso. El sonido de sus pasos aumentaba en intensidad y rapidez. Iba en dirección a su habitación, y, con la misma rapidez que los pasos de su madre, se le amontonaban las excusas para explicar la presencia de su amigo. Mal. Ninguna fue creíble. De maneras algo exuberantes, su madre le ordenó que se despidiera de su amigo.

Tras la inminente y fugaz despedida, ambos siguieron intercambiando palabras enloquecedoras de amor, sobre todo ella; su amigo, sin embargo, le contestaba con lo mínimo posible.

El examen se había quedado en un segundo plano. Sus pensamientos no podían pasar por alto lo ocurrido hacía escasa media hora. Su corazón aún latía con fuerza y su cabeza comenzó a dar vueltas. La habitación también giraba, y en uno de ellos sus ojos se cerraron, cayendo su cuerpo hacia alguna parte del dormitorio. Se apagó la luz.

Su corazón dejó de latir, su mente dejó de pensar, su cuerpo comenzó a flotar en una neblina de tranquilidad y un olor familiar recorrió su entorno. Se despertó, exaltada, con el corazón en la boca y con un dolor de cabeza terrible.

Se encontraba en el suelo. Era de noche y nadie había ido a su habitación tras haberse desplomado. Se levantó poco a poco y le tambalearon las piernas, por lo que se tuvo que sentar en la cama. Cuando se encontró mejor, intentó moverse, muy despacio, para que no se volviera a marear, pero sentía que su cuerpo pesaba como si tuviera una mochila con treinta kilos más.

Posando las manos en la pared para no perder el equilibrio, atravesó el pasillo que separaba todas las habitaciones de la casa. Fue mirando una tras otra hasta llegar al salón. Divisó a su madre sentada en el sofá, con un bol de cereales en una mano y el mando de la televisión en la otra. Cuando la alcanzó, se sentó a su lado y comenzaron a tener una charla no muy apetecible.

—Mamá, ¿has estado todo el tiempo en la casa? —dijo Talisma con un hilo de voz.

---

—Sí. He estado en el salón viendo la televisión, ¿qué iba hacer si no?

—Podrías haber ido a verme a la habitación... —le reprochó Talisma.

—¿Crees que te mereces que vaya a verte, Talisma?

—Solo te preocupas de tus normas, pero no de cómo están las personas. He estado en mi cuarto, en el suelo, desmayada, y nadie ha venido a ayudarme. Te has quedado, como siempre, sentada delante de la televisión —contestó mientras intentaba levantarse, pero fue imposible.

Se apagó de nuevo la luz. Sintió como si su alma se desprendiera de su pecho. Notó la llamada de una voz que reconoció al instante. La presencia estaba rodeada de una neblina blanca, donde dicen que todo el mundo es feliz. Sin embargo, ella se estaba quedando sin vida, se estaba apagando el último resquicio que quedaba dentro de su cuerpo. La mano de su abuelo la ayudó a levantarse y se abrazaron. Tras el abrazo, se sintió bien, descansada, y al mismo tiempo sin existencia.

—Abuelo, no entiendo qué me está pasando...

—Tranquila, cariño. Estás viva, solo que tu cuerpo se ha quedado sin batería —le contestó su abuelo con una sonrisa, mientras daban un paseo por un lugar extraño.

—Abuelo, ¿este es el cielo? —preguntó Talisma con incredulidad.

—No, esta es tu casa, pero está algo diferente. Aquí las cosas son desemejantes, no podemos ver lo injusto. Desde esta casa intento protegerte. Siempre voy contigo.

—Pero...

—Talisma, tienes que marcharte. Solo te había llamado para decirte que tengas cuidado: ese chico no me gusta para ti, te dará problemas si no eres lista. Eres muy bonita y lo mejor que me pasó en la vida. Cuídate, quíete y no te juntes con personas dañinas —interrumpió su abuelo.

No le dio tiempo a contestarle. La luz regresó, sus ojos se volvieron a abrir y esta vez no estaba en el salón; se encontraba en el hospital, rodeada de personas con batas blancas y pijamas de color verde. Todos estaban muy nerviosos intentando saber qué le había pasado para perder la consciencia de forma repentina.

---

Se encontraba bien, y las pruebas dieron valores normales. Todo era un poco extraño, pero ella estaba muy tranquila y, al mismo tiempo, alegre de haber visto a su abuelo de nuevo. Al intentar incorporarse para hablar con su madre, se dio cuenta de que también estaba su padre. Hacía mucho tiempo que no lo veía: estaba más delgado, más envejecido.

Sus padres se divorciaron hacía unos años y, desde entonces, su madre impuso normas imposibles de acatar para una adolescente con toda la vida por delante. «Se está volviendo loca», pensó. Aunque Talisma entendía el porqué del divorcio, no comprendía que su padre la dejara con su madre y se marchara sin más.

Por mucho que se esforzaba por comprender, solo sentía odio e ira hacia su padre. Sin embargo, también sentía un cariño respetable. Aunque se hubiera ido de casa, no quitaba el hecho de que aquel hombre siguiera siendo su padre.

Cuando terminó de hablar con su madre, su padre entró en la habitación.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien. ¿Qué haces aquí? —contestó mientras giraba la cabeza para mirar por la ventana.

—Tali..., sabes que te quiero y daría la vida por ti —respondió su padre, intentando buscar la mirada de su hija.

—No me llames así, ya no tengo cinco años... —dijo mientras giraba la cabeza para mirarlo.

—Perdona, no quiero ofenderte. Solo quiero saber qué te ha pasado e intentar recuperar los años que hemos perdido por mi culpa —dijo mientras contenía la emoción y se tocaba las rodillas, como tenía por costumbre.

—¿Te siguen doliendo?

—No te preocupes, hija, no es nada, solo que me estoy haciendo mayor. Sé que a tu corta edad eres muy madura e inteligente y eso me enorgullece de mi hija, pero tampoco quiero que pierdas tu juventud...

—Papá, tranquilo. No he hecho nada para estar aquí. Fue todo de repente y vi al abuelo.



---

—¿Al abuelo? —preguntó, extrañado.

—Sí. Me dijo que tuviera cuidado y que no le gustaba el chico con el que estoy ahora.

En ese momento entró su madre con el médico.

—¿Cómo te encuentras, Talisma? —preguntó el médico.

—Bien, doctor. ¿Me pasa algo?

—No, estás más sana que una lechuga. Solo has tenido una bajada de azúcar muy severa y te estamos tratando, no te preocupes. A partir de ahora recuerda tomar algo de azúcar de vez en cuando, que eso es el combustible del cerebro —dijo el médico mientras se señalaba la cabeza—. Pero no en dulces, procura que sea en frutas, eh...

—Vale, lo tendré...

—No se preocupe, doctor, a partir de ahora tomará más fruta y le mediré el azúcar —interrumpió su madre.

—No hace falta medirle la glucosa, solo que tenga una vida más sana y listo. Es muy joven y está más fuerte que un roble —contestó el médico, mirando a los padres—. Esta noche —dirigiéndose a Talisma— te tendremos en observación y, si todo transcurre bien, mañana por la mañana te podrás marchar a casa con tus padres —añadió.

—No, con sus padres no. Estoy divorciada de este miserable...

—¡Ya basta! ¿No tienes suficiente con hacerme la vida imposible todos los días? —dijo Talisma, interrumpiendo a su madre.

Y tras pasar la noche sin ninguna novedad sobre su estado de salud, se pudo marchar a casa.

Al pasar a su cuarto, notó que algo había cambiado, era como si alguien hubiese entrado y lo hubiera puesto bocabajo. No era que las cosas estuvieran por el suelo, más bien notaba como si alguien hubiera estado husmeando entre sus pertenencias.

Después de comprobarlo todo, no encontró nada fuera de lugar. Todo en orden. Talisma se sentó a los pies de su cama y recordó el mensaje de su abuelo. No sabía con qué intención se lo habría dicho, pero si venía de él le tenía que hacer caso. Al mismo tiempo recordó el momento que tuvo con su amigo. Nadie sabía que eran más que unos

---

buenos amigos, que en el momento de estudiar se dejaron llevar por las circunstancias, una sonrisa, una palabra cariñosa... y terminaron envueltos entre sábanas, besos y caricias.

Estaba claro que aquel momento lo recordaría toda su vida, pero no se podría repetir. No. «Las personas adultas lo hacen constantemente», pensó. Sí, y en el fondo ella también quería ser ya una adulta para hacer lo que le viniera en gana sin tener que esperar la aprobación de su madre.

Durante todo el día, desde que llegó del hospital, estuvo intentando comprender por qué la vida le había dado tantas injusticias a su corta edad. «Solo tengo quince años, joder», se dijo. Todos esos pensamientos llegaban cargados de ira como bandera y de rebeldía como medicina. Y era cierto que a su corta edad había tenido demasiados reveses, pero no tenía otra opción.

El examen ya había pasado; lo tendría que repetir otro día, después de entregar el justificante médico en la jefatura de estudios.

Su teléfono sonó y, cuando fue a cogerlo, se cortó la llamada. Miró el registro, pero no aparecía ningún número. Dejó el móvil encima del escritorio, sacó un folio de su mochila y se puso a escribir. Necesitaba expresar en un papel en blanco todo lo que su corazón estaba sintiendo, que, por ahora, no estaba siendo poca cosa.

---

## Capítulo 2

Se escucharon golpes en la ventana. Silencio. Volvieron a sonar con más virulencia. El gato estaba intentando entrar, pero no encontraba la forma, ya que la ventana estaba cerrada. Se quedaba sin lugar donde agarrarse. Tenía las uñas clavadas en el marco de la ventana. José lo vio y acudió en su ayuda. Al abrir la ventana, lo cogió y lo acarició. El gato maulló de agradecimiento, pero saltó rápido de sus brazos y salió corriendo escaleras abajo.

—Este gato va a acabar muerto en algún momento —dijo.

José salió de la habitación de sus padres, que estaba junto a la suya, y se volvió a sentar en la silla del escritorio. Comenzó a ver unos vídeos por las redes sociales. Después, miró la agenda que tenía a su lado. Tenía muchos deberes y eran las siete y media de la tarde. Sintió una pereza sin precedentes. Y sin tener más remedio, se puso a hacer las tareas para el día siguiente. Sintió escalofríos. Se levantó y, arrastrando los pies, entornó la puerta de su habitación, después se volvió a sentar y se puso la manta que había a los pies de la cama.

Algunos pensamientos llegaron con bastante rapidez a su cabeza. No eran muy frecuentes, pero, cuando los tenía, resultaban muy intensos. Había pasado por momentos muy difíciles para estar donde estaba sentado. Algunos recuerdos de cuando era pequeño los tenía algo borrosos, pero siempre podía verse rodeado de unas paredes de

---

color rosa palo y algunos niños más. Sabía que la enfermedad podía acabar con él en cualquier momento, pero tenía que seguir viviendo. Quería seguir viviendo. Tenía que ser un niño normal y continuar imaginando que se iba a curar, ya que ese era el pensamiento que, de forma recurrente, merodeaba por su cabeza. Día tras día, rezaba para que eso llegase. La vida le parecía maravillosa y no quería tener que despedirse tan pronto.

De repente, le sonó el teléfono; su amigo le acababa de enviar un mensaje:

Marcos – 19:35 p. m.

Tío, estoy harto de estos putos deberes, no entiendo absolutamente nada. ¿Tienes hecho el ejercicio cuatro de matemáticas?

No le contestó. También estaba ocupado en hacer bien los ejercicios. El gato entró por un pequeño hueco que dejó al cerrar la puerta y, después de dar un paseo por la habitación, se acurrucó en sus piernas. José lo agradeció. El calor del animal le ayudaba a sentirse mejor.

Pasado algún tiempo, comenzó a sentirse muy cansado. Su cuerpo le estaba pidiendo descansar unos minutos antes de seguir con los deberes. Así que cogió al gato, la manta y se tumbó en la cama. Pocos minutos después se quedó profundamente dormido.

Al cabo de algunas horas, sintió voces lejanas. alguna se parecía a la de su madre, pero no tenía fuerzas ni para examinar aquella voz. Estaba tan cansado que se volvió a quedar dormido. Sin embargo, sin saber cuánto tiempo había transcurrido, sintió un beso en la frente. Se despertó poco a poco y se encontró con la sonrisa de su madre.

—Buenas tardes, dormilón.

—Hola... —dijo José mientras se desperezaba.

—¿Puedes bajar ahora al salón? Papá y yo queremos contarte una cosita.

Vio cómo su madre se marchaba, con una sonrisa, tras aquella última frase.

---

José empezó a estar confuso: su madre nunca había entrado de esa forma en su cuarto y mucho menos para decirle que tenía que hablar con él; su madre siempre le contaba lo que fuera en el mismo lugar, sin necesidad de ir a ninguna parte. Sin embargo, pensó que, esta vez, tendría que ser algo más importante.

Antes de bajar, revisó que todos los ejercicios estuviesen hechos más o menos bien. Aunque le faltaban unos cuantos ejercicios por realizar, pasó de ellos y contestó al mensaje de Marcos. Después dejó el teléfono en la cama y se dirigió hacia las escaleras. Tropezó con el gato y casi cae por ellas, pero gracias a un movimiento rápido se pudo agarrar al pasamanos.

—Algún día me mato por culpa de este gato tonto... —espetó José.

Bajó las escaleras con lentitud, como si no quisiera que lo oyeran, aunque sabía que lo estaban esperando. Miró en derredor para ver si había algo fuera de lugar, pero no. Todo estaba en orden. Al llegar al último peldaño, vio la cara de su padre: sentado en el sofá, con una pierna cruzada y una sonrisa de oreja a oreja; su madre, en cambio, estaba sentada en una silla, también sonriente. Su confusión aumentó.

Su padre siempre tenía un semblante serio y casi nunca mostraba sus emociones. Siempre le decía a José que esa cara era de concentración y que él tendría la misma cara cuando fuera mayor. «Ni de coña...», pensaba José. Sin embargo, esta vez estaba contento. Feliz. Al llegar al salón, su padre le dio tal beso y abrazo que notó cómo se le recargaba la energía y le desaparecía el cansancio.

—José, ¿te puedes sentar un momento? —le preguntó su padre con voz pausada y llena entusiasmo.

—Claro, papá. ¿Ha pasado algo? —preguntó José.

—Nada, hijo —intervino su madre—. Solo queríamos comentarte una cosita sobre... Si te... —Su madre y su padre se cogieron de la mano y se miraron, sonrientes—. ¿Te apetecería un hermanito?

—¿Un hermano?!

—¿No quieres? —repuso su padre.

—Emm... Sí... Creo. Pero...

---

—Eso es lo que te queríamos decir. Desde que tu madre se puso malita y la tuvieron que operar, ya no pudimos tener más hijos. Hemos pensado en adoptar un niño y queremos que estés presente y opines.

—A mí me parece que es un poco rollo, yo estoy bien... ¿No tenéis suficiente conmigo? —dijo mientras miraba a sus padres alternativamente.

Su madre, con una sonrisa, explicó:

—No es eso. Desde que éramos jóvenes, siempre hemos querido tener más de un hijo, pero las circunstancias no nos han ayudado. No queremos que te sientas rechazado, cariño. Eres lo mejor que nos ha pasado en la vida, pero es algo que queremos hacer para sentirnos realizados —explicó rápidamente su madre para tranquilizarlo.

—Vale, entonces... quiero que sea un niño. Al menos así tendré a alguien para jugar a la consola o ver el baloncesto —contestó José.

Los tres se levantaron y se dieron un abrazo. Después, José puso de excusa que tenía que terminar algunos ejercicios para el instituto y se marchó.

Mientras iba caminando, pensaba en lo ocurrido minutos atrás. «Mis padres están hartos de mí y no saben cómo decírmelo», pensó. Subió las escaleras sin mirar hacia atrás, ya que quería dejar a un lado lo que le habían dicho. Le quedó claro que iban a cambiar las cosas.

Al llegar a la habitación, se sentó en la cama, cogió su teléfono y estuvo un buen rato dubitativo... No sabía si llamar a su amigo Marcos o esperar a ver cómo se sucedían las cosas. No sabía por qué sus padres iban a adoptar a un niño. Él era feliz solo, no le hacía falta nadie más para sentirse mejor. Ya se había acostumbrado a tenerlo todo y, sobre todo, a tener todo el amor de sus padres. No quería tener que compartirlo con nadie más.

Llegó la hora de cenar.

José volvió a bajar las escaleras y vio que su padre volvía a estar pegado al teléfono y su madre estaba sentada en la cocina. Cuando llegó a la cocina, pocos segundos después se incorporó su padre, que había terminado de trabajar. La cena transcurrió con aparente normalidad; y cuando terminaron, hablaron sobre la llegada del nuevo miembro

---

de la familia. Sus padres le dijeron que aún quedaban algunos procedimientos burocráticos, por lo que tendría que esperar para poder conocerlo o conocerla. Aún no lo tenían claro. Pero José ya estaba viendo a aquel niño en la casa, su cuarto lleno de juguetes y parte de su ropero utilizado por su nuevo hermano. Y eso no le gustó nada.

---



---

## Capítulo 3

Marcos se dirigía a su casa después de salir del instituto. Iba muy preocupado porque ese día tuvo un examen y no se le dio bien. Nada que no pudiese arreglar su padre con un buen plato de su comida preferida.

Hacia la mitad del camino, se encontró con su querido amigo José, que también iba para su casa, pero que había salido unos minutos antes. Siempre regresaban juntos para casa, sin embargo, José ese día llevaba prisa porque sus padres tenían que ir a una casa de acogida para llevarse al nuevo hermano que habían adoptado.

Mientras iban de camino, José se adelantó y se perdió entre los árboles que rodeaban su casa. Marcos siguió caminando, con paso lento, por el camino de todos los días, pensando cómo sería tener madre, ya que él no tenía.

Recordando el nefasto día, se quedó ensimismado con la naturaleza que había a su alrededor. Permaneció mirando los árboles y las flores que había en los jardines de las casas colindantes. Le encantaba fijarse en los tonos tan intensos que tenían. «¿Cómo es posible que tengan ese color cuando el sol es amarillo?», se decía. Y mientras miraba las flores y se paraba a tocarlas, pensaba en cómo sería tener un hermanito para compartirlo todo, aunque fueran riñas, pero, sobre todo, tener a otra persona a la que querer, proteger, ayudar... Todo lo que él no ha podido conocer, su amigo José lo iba a tener.

---

Sentía un poco de envidia, cierto, aunque en el fondo se alegraba por él. No sabía si sería pequeño o algo mayor, pero si fuera lo último, se convertirían en grandes amigos. «Seremos los tres mosqueteros del barrio de “aburrilandia”», pensó.

En mitad de la calle, junto a una alcantarilla queapestaba, se encontró una caja con muchos agujeros. Al acercarse no vio ninguna nota. «No es para enviar», pensó. La abrió y se encontró con un cachorro de husky siberiano. Lo cogió y, cuando le vio los ojos, se enamoró al instante; se enamoró de los ojos azul cielo que tenía el cachorro. Y en aquel momento, decidió quedárselo.

El problema no estaba en cómo se lo iba a decir a su padre, más bien en cómo se iba a presentar con el cachorro en las manos. Pero no le dio muchas vueltas y prosiguió el camino a casa con él; decírselo a su padre iba ser lo de menos.

Era la hora de comer y Marcos aún estaba de camino a casa, entretenido con su nueva mascota, siempre y cuando su padre la aceptase; pero qué más daba, estaba encantado de tenerlo sobre las manos. Adoraba su suave pelaje, cómo le mordisqueaba los dedos, cómo movía las pequeñas orejas y, sobre todo, que no paraba de moverse.

De repente, pensó en cómo le iba a dar de comer si en casa no tenían nada para perros. Dio media vuelta y se dirigió a una pequeña tienda de animales que justamente acababa de abrir. Solo tuvo que andar unas cuantas calles y cruzar el pequeño puente de la Esperanza. Era tan pequeño que en unos diez pasos ya lo había pasado. Marcos siempre los contaba y siempre eran diez, pero esta vez no se acordó de enumerarlos, tenía en brazos a Rayito, como así lo bautizó al no parar de intentar escapar de sus manos.

Llegó a la tienda de animales, entró y buscó la zona de comida para perros. Estuvo mirando todas las bolsas de comida que había, pero no sabía cuál era la mejor para un cachorro. Entonces, decidió ir al vendedor y preguntarle. «Seguro que él sabrá qué darle a Rayito», pensó.

—Hola. ¿Sabría qué le puedo dar de comer a mi cachorro?

—¡Hola, muchacho! Veamos... ¿Qué edad tiene...?

---

—Emm... No lo sé, lo acabo de recoger de una caja en la calle.

—A ver, déjame que le mire los dientes por si podemos saber algo, pero seguro que tendrá unos cuantos meses —dijo el vendedor mientras revisaba al cachorro—. Sí, tiene unos meses. Así que no te preocupes, que tengo algo genial para que crezca sano y fuerte.

Mientras que el vendedor iba al estante donde tenía la comida para Rayito, Marcos aprovechó para mirar cuánto dinero tenía y si podía pagarlo. Dejó al retoño encima del mostrador mientras cogía la mochila y buscaba su cartera de bomberos que le regaló su padre las navidades pasadas. Mientras, Rayito aprovechó para olisquear todo lo que encontraba y morder varios huesos con olor a fresa que había en un recipiente de cristal.

Cuando encontró la cartera, vio que tenía suficiente para poder pagar la bolsa de comida sin problemas. Al alzar la vista, se encontró al cachorrillo sentado y comiéndose varios huesos del recipiente. Lo cogió rápido y recogió lo que se había comido. Enseguida llegó el vendedor y puso encima del mostrador la bolsa de comida.

—Aquí tienes. ¿Vas a querer algo más?

—No, muchas gracias. —Puso un billete encima de la mesa y esperó el cambio.

Marcos se guardó el cambio en el bolsillo, cogió la comida en una mano y en la otra al cachorro. Salió de la tienda tras una despedida agradable del vendedor y se dirigió para su casa.

Por el camino, siguió pensando en cómo iba a reaccionar su padre al verlo. Cuanto más cerca estaba de su casa, más preocupación le daba llegar con Rayito en brazos, y estaba seguro de que su padre le reñiría por haber llegado tan tarde a comer. Pero en el fondo, Marcos pensaba que tendría un hermanito; diferente al de su amigo José, pero un hermano.

—Ya falta poco, pequeñín —dijo mientras veía a lo lejos su casa y también a su padre moviéndose de un lado a otro, nervioso, ansioso por no saber si le había ocurrido algo, supuso Marcos.

Cuando estuvo más cerca, pudo ver a su padre con el teléfono en una mano y con unos papeles en la otra. Mientras llegaba, notó que

---

alguien le puso los ojos encima: su vecino Armando estaba pendiente de su llegada para así poder tranquilizar a su padre. Marcos sabía que aquel hombre siempre estaba atento a su llegada. Desde que desaparecieron varios niños, Armando, que tenía mucho tiempo libre, se dedicaba a proteger a los más indefensos a través de la ventana del salón.

Marcos notó cómo la presencia de su padre se hacía más inmensa. Supuso que lo había llamado repetidas veces, pero ese día no recordó quitar el silenciador del móvil. Siempre lo hacía, pero esta vez se olvidó entre los nervios del examen y que se había encontrado con Rayito.

Cuando Marcos llegó a la puerta de su casa, se encontró a su padre sentado en los escalones, algo más tranquilo pero abatido a causa del ataque de nervios que había sufrido momentos antes de la llegada de su hijo. Su padre levantó la mirada y se encontró a Marcos con una bolsa de comida para perros y un perro.

—Marcos..., dime que...

—Papá, ¿podemos? Porfis —dijo, suplicando.

—Marcos, por qué has tardado tanto...

—Porque me encontré a Rayito y, al mirarlo, no pude dejarlo allí, abandonado en una caja de cartón en medio de la calle.

—¿Y por eso has tardado?

—No, es que... he ido hasta la tienda de mascotas y le he comprado comida.

—¿Con el dinero de la semana para el instituto? ¿Ya le has puesto nombre? Todavía no te he dicho nada de nada.

—Papá, míralo...

—Bueno..., más bien dirás «mírala»... Es una chica —dijo su padre con una sonrisa. Y tras una pequeña pausa, añadió—: Bueno..., solo con una condición: te tienes que hacer cargo de ella; sacarla, bañarla y todo lo que conlleve...

—¿Pagar las vacunas también?

—No..., de eso ya me haré cargo yo, muchacho —contestó su padre con una sonrisa—. Nos vendrá bien una amiga en la casa. Por cierto, tendrás que cambiarle el nombre.